

LOS MARTIRES.

SUMARIO.

Continuacion de la historia de Eudoro.—Su arrepentimiento y penitencia pública.—Deja el ejército.—Pasa á Egipto para pedir su retiro á Diocleciano.—Navegacion.—Alejandría, el Nilo, el Egipto.—Alcanza Eudoro su retiro de Diocleciano.—La Tebaida.—Vuelve Eudoro á casa de sus padres.—Fin de su historia.

CANTO VIII.

I.

Esta trágica escena recordando,
Eudoro rompe en llanto que le obliga
La historia á interrumpir que va narrando.
Mas luego que su pena se mitiga,
Libre curso á sus lágrimas prestando:
“Perdonad, sigue, que mi llanto os diga
El pesar que consagra mi memoria
A la parte mas triste de mi historia.

II.

“La accion con que Velleda dirigiera
A su cuello el mortifero instrumento,
Fué tan pronta y veloz que previniera
De nuestra parte todo movimiento.
¡Castigo del Señor, leccion severa!
En mis brazos recibo sin aliento
Esa víctima que hice, y ver debia
Solo para poner en tumba fria.

III.

“De aquí vuelvè, ó Cirilo, de mi vida:
La época mas grande y mas notable,
Hallando mi salud en mi caída,
Mientras era yo solo el miserable,
Mi alma se encontraba endurecida;
Mas cuando fuí la causa deplorable
Que abrió de tantos males el abismo,
Mi corazon clamó contra mí mismo.

IV.

“Ya no dudo mas tiempo. Claro llega,
Y echándome á sus piés arrepentido,
De todos mis secretos le hago entrega,
Confesando mis culpas. Poseido
De dulce caridad, calma y sosiega
El Pastor santo mi dolor subido,
Y de esta penitencia parte manda
Que me veis practicar, fructuosa y blanda.

V.

“Como el cuerpo el espíritu en sus males
Pide mudar de sitios: de mi mando
A Constancio remito las señales,
Para dejar el siglo, y le demando
La gracia de volver á los umbrales
Paternos. Vanamente, deseando
El César retenerme con su afecto,
De las Galias me quiso hacer Prefecto.

VI.

“Reiterando mi instancia con empeño,
Esta carta me escribe de su mano:
“De la gracia que pides no soy dueño;
“Pertenece á Roma; Diocleciano
“Solo puede romper tu antiguo empeño.
“Solicítalo de él: si el soberano
“No accediese á tu súplica, el abrigo
“Vuelve á buscar del César y tu amigo.”

VII.

“Así dejé el gobierno: atravesando
La Galia casi entera, me embarcára
En Nîmes, y bien pronto vista dando
A la Italia, por Ostia en Roma entrára.
Marcelino me acoje dulce y blando,
Y las puertas del templo me declara
Abiertas me serán si persevero
En petencia humilde un lustro entero.

VIII.

“Tranquilo de este lado, solo anhelo
Ver al Emperador; este se hallaba
A la sazón en el egipcio suelo.
En el muelle de Aurelio en ferro estaba
Un navío de aquellos que en su celo,
Para aliviar los pobres, equipaba
Cada año el Obispo alejandrino,
Dispuesto á dar la vuelta á su destino.

IX.

“La estacion era propia: la ligera
Nave recoge el ancla, y prontamente
Se nos huye la Itálica ribera.
Ah! yo surqué este mar antiguamente
Cuando á Grecia dejé por vez primera.
Pero jóven entonces é inocente,
Solo soñaba honor, fortuna y gloria,
Que una triste experiencia hizo ilusoria.

X.

“El culto que se daba religioso
En el batel cristiano, parecia
Dar mayor magestad al mar undoso.
Si el marino cristiano no creia
Ver salir de aquel piélago espumoso
La deidad del amor, (1) en cambio via
La mano del Eterno que cavára
El abismo y sus fines señalára.

XI.

“Sin que oigamos á Alcion (2) cantar su pena
Como el marino idólatra imagina,
Dulce ternura nuestras almas llena,
Al ver la fatigada golondrina
Posarse sobre el mástil ó la antena,
La idea de la patria nos domina,
Pensando si quizás su pobre nido
Habria á nuestro techo suspendido.

XII.

“Ved, Demódoco, aquí la interesante
Pintura del cristiano, comparable
En gusto y sencillez al tierno infante.
La noche, en vez de hacer una culpable
Y vana invocacion, hácia el brillante
Firmamento de estrellas admirable
Nuestra vista en silencio dirigamos,
Y al Criador de todo bendeciamos.

XIII.

“Al avistar las ruinas de Cartago,
Otro tiempo ciudad tan floreciente,
Admiré de los tiempos el estrago
Y el furor de los hombres inclemente.
La memoria de Dido y fin aciago
Me retrató la idea vivamente
La muerte de Velleda infortunada,
Aquella infeliz reina asemejada.

XIV.

“Habiendo el promontorio flanqueado
Donde abordar Scipion se propusiera
Saludando de Roma el feliz hado
A la Sirte menor nos condujera
Contrario viento: desde allí es mirado
El castillo á que Aníbal se acogiera
Cuando vino á embarcarse ocultamente,
Huyendo de una patria inconsecuente.

XV.

“Tan cierto es encontrar, do quier se vaya,
Vestigios de injusticia y desventura.
Así imagino ver en la otra playa (3)
La víctima infeliz que en la tortura,
Invocando de Roma el nombre, ensaya
Dar término á su afrenta y pena dura,
Pero sin ningún fruto. ¡Ah! el cristiano
No invocará su patria tan en vano.

XVI.

“La duodécima aurora embellecía
Un horizonte claro y despejado,
Cuando en las mismas ondas parecía
Alzarse un obelisco agigantado.
Su vista desde lejos dirigía
A la ciudad que habia levantado
El vencedor de Arbela esclarecido
Para tumba de un célebre vencido (4).

XVII.

“El navío fue á auclar al occidente
De aquel Faro que sirve de linterna.
Allí el Obispo Pedro complaciente
Fué á recibirme con bondad paterna,
Ofreciéndome asilo conveniente;
Pero yo preferí la oferta tierna
De la bella y piadosa Catarina,
Que entonces supe ser vuestra sobrina.

XVIII.

“Antes de encaminarme al alto Egipto,
Unos dias pasé en Alejandria,
Admirando su inmenso circuito
Que en espacioso llano se extendia.
Allí conocí á Dídimos erudito
Que la gran Biblioteca dirigia,
Que contiene en sus anchas cavidades
Monumentos de todas las edades.

XIX.

“Yo iba á visitarle con frecuencia
A este vasto recinto que encerraba
El remedio del alma y la dolencia.
Solo allí cierta tarde contemplaba
De una alta galería la opulencia
De esta ciudad ilustre que encerraba
Un millon de habitantes, cuya vida
Será en menos de un siglo concluida.

XX.

“De una parte á mis ojos se ofrecia
La ciudad de los muertos asolada; (5)
De la otra el gran desierto se extendia
De la Libia arenosa y devastada;
El mar al lado opuesto la batia
Con furor, de manera que situada
Entre tres enemigos, cual mas fuerte,
La vida combatia con la muerte.

XXI.

“Embebido en tan grave pensamiento,
Me interno por las salas, y deparo
En un salon sin muebles ni ornamento.
Solamente al extremo de él reparo
En caja de cristal un monumento
De mezquina apariencia: el vidrio claro
Los fuegos desmayados reflejaba
Del sol que entre las ondas se acostaba.

XXII.

“Acércome á mirar; un féretro era.
Por el cristal descubro transparente
Un Rey á quien robó la muerte fiera
En la flor de la edad; mas en su frente
Un rastro de grandeza persevera.
Dormir parece el sueño del valiente
Que herido de mortífera estocada,
Hace su cabecera de su espada.

XXIII.

“Un varon cerca de él veo ocupado
En leer con atencion y reverencia
Un volumen á medias desrollado. (6)
Estaba meditando esta sentencia:
“Alejandro, Darío subyugado,
“Al fin del mundo fué, y á su presencia
“La tierra se cayó: mas despues de esto,
“Conoció que debia morir presto.”

XXIV.

“Mi vista volví luego apresurado
Al fantasma tendido, y me parece
Al busto de Alejandro semejado,
¡Qué pasmo! á quien la tierra se enmudece,
En eterno silencio sepultado!
Qué pronto la ilusion se desvanece
De la grandeza humana... Solo queda
Un polvo que atestar su nada pueda!

XXV.

“El dia que siguió á tan grave escena,
Me embarqué para Menfis. Observando
La agua roja del Nilo de mar plena,
Luego sobre las olas ví flotando
La verde palma entre la blanca arena,
Con vela desplegada el rio entrando,
La chusma le saluda entusiasmada,
Y á la boca llevó su onda sagrada.

XXVI.

“Un paisaje á flor de agua se estendia
De su fértil ribera á uno otro lado,
Dondo el bello sicómoro crecia,
Con la pomposa palma entrelazado.
A veces el desierto parecia
Usurpar su terreno al verde prado,
Dibujando en sus senos abundosos
De arena estéril méandros tortuosos.

XXVII.

Bien pronto á nuestra diestra apercibimos
La primera raiz de la montaña
De Libia, y á la izquierda descubrimos
La cadena que el mar Eritréo baña.
Por la abertura que hacen, luego vimos,
Sirviendo de barrera á la campaña,
Asomar la pirámide arrogante
Su cumbre, á la de un monte semejante.

XXVIII.

“A la boca de un valle colocada,
Dirás guarda la puerta luctuosa
Que anuncia de la muerte la morada.
Faraon con su pueblo allí reposa.
No lejos se ve á Menfis despojada
De su antiguo esplendor, que silenciosa
Parece someter su frente erguida
Al desierto en mortal lucha vencida.

XXIX.

“Remontando del Nilo la corriente,
A Tébas visité de las cien puertas,
A Tentira otro tiempo floreciente,
Y otras muchas ciudades ya desiertas
De aquellas cuatro mil que en su vertiente
Regaba antes el Nilo. A las compuertas
De la gran catarata al fin llegando,
A Diocles con el Nubio hallé tratando.

XXX.

“Con su innata bondad se dignó Augusto
Hablarne de mis honras militares,
Mostrando por mi intento algun disgusto.
“Mas pues deseas ver los patrios lares,
“Mi permiso, añadió, otorgarte es justo.
“El primero serás que á sus hogares
“Haya vuelto sin dar antes rehenes:
“Mas de ello es digno el hijo de Lastenes.”

XXXI.

“Alegre así por verme en libertad,
Dejando los egipcios mausoleos,
Quiero otra clase ver de antigüedad,
Que se acuerda mejor con mis deseos.
Frente tengo la vasta soledad
Que ilustró el Jehová de los Hebreos:
Gustoso recorrerla determino,
Y de Siria tomar luego el camino.

XXXII.

“El río del Egipto descendiendo,
Dos jornadas de Menfis, busco un guía
Que me conduzca al mar Rojo, debiendo
Tomar luego de Arsinoë la vía
La direccion de Gaza prosiguiendo
Del Sirio mercader en compañía.
Unos dátiles y utres de agua y vino
Son nuestra provision para el camino.

XXXIII.

“El guía caminaba delantero
Encima un dromedario; yo montaba
Un árabe corcel fuerte y ligero.
Traspuesto el monte que al oriente orlaba
Con verde alfombra al Nilo placentero,
El yermo empieza y la campiña acaba.
Nada o puede pintar de mejor suerte
El paso de la vida hácia la muerte.

XXXIV.

“Figurad esas playas arenosas
De las lluvias de invierno trabajadas,
Que abrasa con sus llamas ardorosas
Un sol de estío, ardientes, desoladas.
Algunas tunas secas y espinosas
Se descubren acá y allá plantadas,
O el resto de un bajel petrificado
Que el Nilo en sus crecientes ha arrojado.

XXXV.

Todo un día marchamos de continuo
 Por el llano, sirviéndonos de guía
 Varias piedras que marcan el camino.
 Costeando otro monte, se extendía
 Otro arenal mayor. La noche vino.
 El desierto la luna esclarecía,
 Sin otra sombra ver que la ondulante
 Del dromedario ó la gacela errante.

XXXVI.

“Alto silencio sepulcral reinaba
 En toda la estension de la llanura.
 Ningun otro ruido lo alteraba
 Sino el que hace royendo en raiz dura
 El javali, ó el grillo que cantaba
 Buscando el aquel yermo sin cultura
 En vano del colono los hogares,
 O del Arabe errante los aduarez.

XXXVII.

“Descansando en el páramo un momento
 Seguimos nuestra marcha con la aurora.
 Un sol se eleva luego macilento
 Que apenas con su luz tenue colora
 La arena: sin embargo va en aumento
 El calor, y seria tertia hora,
 Cuando empezó á mostrar el dromedario
 Señal de sosiego extraordinari

XXXVIII.

“Al suelo la nariz clavando, suena,
 Y un polvo se levanta enardecido;
 El enorme avestruz el aire llena
 De su lúgubre y áspero graznido:
 La sierpe, el camaleón entre la arena
 Un agujero buscan escondido.
 El guía mira al cielo, y temeroso:
 “¡Huyamos, grita, el viento vorticoso!”

XXXIX.

“Luego se da á correr con paso incierto,
 Y yo sigo tras él ligero, cuando
 De hácia la playa austral venir advierto
 Un ardiente huracan que arrebatando
 En columnas la arena del desierto,
 Cae sobre nosotros, y arrancando
 El suelo á nuestros piés en torbellino,
 Lo levanta en confuso remolino.

XL.

“Borradas del camino las señales,
 Corremos por el páramo sin tiento.
 Los utres para colmo de los males
 Se derraman. Sudando, sin aliento,
 Sintiendo de la sed ansias mortales,
 El huracan redobla su ardimiento,
 Que arrancar parecía de la tierra
 Las ardientes entrañas que en sí encierra.

XLI.

“De las nubes de arena casi ciego,
Pierdo de vista al guía: un alarido
Escucho de repente. . . . corro luego. . . .
El infeliz habia sido herido
Del viento cual si fuera ardiente fuego;
Entre el polvo le hallé muerto tendido.
La bestia fué en el aire arrebatada
Y en los montes de arena sepultada.

XLII.

“Yo quise reanimar mi compañero,
Mas en vano; ya estaba sin aliento.
Mi fin llegado entonces considero.
Un poco separado de él me sienta,
Y solo en la bondad de aquel espero
Que á Azarías llevó suave viento
En el horno. Una acacia que allí crece,
Un abrigo aunque mísero me ofrece.

XLIII.

“Allí estuve esperando que pasára
La tormenta; por fin tuve el consuelo
Que al caer de la tarde refrescára
Viento norte la atmósfera. Del cielo
Cayó entonces la arena, y su luz clara
Enviándome los astros, ví en el suelo
Las señas del camino disipadas,
Y todas las veredas trastornadas.

XLIV.

“La noche pasé errando en el desierto.
De fatiga, de sed y hambre rendido,
El caballo á mis piés se cae muerto.
Un sol parece luego enardecido
Que me acaba las fuerzas; ya no acierto
A dar un poso mas; desfallecido
Me arrojo en un zarzal donde la muerte
De angustia tanta espero me liberte.

XLV.

“Mediado habria el astro su camino
Cuando cerca de mí el rugido oyendo
De un leon, á mirarle me reclino:
A través de la arena iba corriendo;
Luego la idea rápida me vino
Que acaso alguna fuente iba siguiendo
Sabida de las bestias, é invocando
Al Dios de Daniel voy tras él llegando.

XLVI.

“A poco entré en un valle, donde viera
Un pozo de agua fresca, rodeado
De musgo verde, y cerca una palmera
De dátiles cargada. Este impensado
Socorro me animó. Cuando la fiera
Su abrasadora sed hubo apagado,
Me mira mansamente, y se separa
Como por dar lugar que yo llegára.